

C. DE SOTO Y CORRO

R

AMERICANISTAS ILUSTRES

EXCMO. E ILMO. SR.

D. RAMÓN ELICES MONTES

FUNDADOR

DE «EL PABELLÓN ESPAÑOL,» DE MÉJICO,
LA «INTEGRIDAD NACIONAL,» DE PUERTO RICO,
Y «LA VOZ DE LA PATRIA,» DE MADRID

Corresponsal

de varias importantes publicaciones
y centros literarios y comerciales de América,
Vice-Presidente de «La Unión Ibero Americana,»
ex-Alcalde de Ponce (Puerto Rico), ex-Secretario
del Casino Español de Méjico, Jefe Superior honorario
de Administración civil, Vocal de la Junta Central
de Agricultura, Industria y Comercio, Gran
Cruz de Isabel la Católica, Comandante
de Voluntarios de Puerto Rico.

APUNTES BIOGRAFICOS

CON EL RETRATO Y UN DISCURSO DEL BIOGRAFIADO

Precio, una peseta.

MADRID, 1890

IMPRENTA DE JOSÉ PERALES

Calle de la Cabeza, núm. 12.



C. DE SOTO Y CORRO

AMERICANISTAS ILUSTRES

EXCMO. E ILMO. SR **R** 57662

D. RAMÓN ELICES MONTES

FUNDADOR

DE «EL PABELLÓN ESPAÑOL,» DE MÉJICO,
LA «INTEGRIDAD NACIONAL,» DE PUERTO RICO,
Y «LA VOZ DE LA PATRIA,» DE MADRID

Corresponsal
de varias importantes publicaciones
y centros literarios y comerciales de América,
Vice-Presidente de «La Unión Ibero Americana,»
ex-Alcalde de Ponce (Puerto Rico), ex-Secretario
del Casino Español de Méjico, Jefe Superior honorario
de Administración civil, Vocal de la Junta Central
de Agricultura, Industria y Comercio, Gran
Cruz de Isabel la Católica, Comandante
de Voluntarios de Puerto Rico.

APUNTES BIOGRÁFICOS

CON EL RETRATO Y UN DISCURSO DEL BIOGRAFIADO

Precio, una peseta.



MADRID, 1890

IMPRENTA DE JOSÉ PERALES

Calle de la Cabeza, núm. 12.

© Biblioteca Nacional de España

EL Sr. Elices Montes es uno de los escritores españoles que más á fondo conoce los problemas americanos, por su especial dedicación intelectual y práctica á su profundo y detenido estudio, y que mayores servicios ha prestado á la causa de la integridad nacional de España allende los mares, y á la simpática propaganda del bellísimo ideal de la Unión Américo-Latina; sentimientos ambos á que aquel ilustre campeón de la fraternidad Hispano-Americana consagra en absoluto, con honrada y enérgica constancia, todos los recursos de su ingenio, todas las fuerzas de su talento y todos los resortes de su incansable y febril actividad.

Joven aún, su cabeza se halla completamente envejecida por el estudio y la defensa de tan grandes ideales, que han engendrado en él una pasión rayana en el fanatismo más sublime, la cual antepone á todo ideal político ó utilitario.

Para este escritor no hay otra bandera que la de la patria, ni otras aspiraciones que la de ver estrechamente unidos, felices y poderosos á todos los pueblos en que se habla el idioma español, identificados en algo muy superior al deslinde de fronteras

y á la diversidad de formas de gobierno; identificados en la sangre circulante por las venas de sus hijos; en las costumbres, que forman su especial modo de ser; en la lengua con que expresan sus sentimientos, y en la religión que constituye el sagrado altar de sus creencias.

Aunque otros méritos no tuviere, estos solos bastarían para que nosotros, á fuer de españoles y americanistas entusiastas, dedicásemos algunas líneas á bosquejar su azarosa vida, en cuya noble tarea nos han precedido importantes publicistas de América y de España, y periódicos de gran autoridad, como *El Monitor del Pueblo* de Méjico, *La América Española* de Puerto Rico, *La Ilustración Española y Americana* y *La Iberia* de Madrid, *O Partido do Povo* de Lisboa, y otros muchos cuya enumeración sería muy difusa.

Sin pretensiones de ninguna especie y con el único deseo de rendir culto al mérito acrisolado y al patriotismo ferviente, publicamos estos ligeros apuntes, tomados de las indicadas publicaciones y de algunas otras que en diferentes épocas han dedicado importantes trabajos á examinar la vida y las obras de nuestro biografiado.

* * *

D. Ramón Elices Montes nació en Baza (Granada), el día 14 de Marzo de 1844.

Desde sus más tiernos años se distinguió notable-

mente por su carácter juicioso y caballeresco y su constante afición al estudio.

Militar y escritor, pensador y poeta, su historia es una epopeya, en cuyos hechos brilla siempre un grande y desinteresado amor á la patria, y un entusiasmo ferviente y puro hacia toda idea noble y elevada.

Agena á nuestro propósito la narración de sus hechos de armas, alguno de los cuales mereció ser reputado como heróico, según aparece en un parte del General en jefe del ejército del Norte, publicado en la *Gaceta de Madrid* el día 12 de Octubre de 1875, trazaremos á grandes rasgos sus méritos literarios.

Antes, sin embargo, debemos consignar, que durante los diez y nueve años (entre ellos cinco de campaña), que formó en las filas del ejército, sin jamás sublevarse, á pesar de sus ideas avanzadas, alcanzó hasta la graduación de comandante por sus propios méritos, debidamente comprobados, y sin deber nada á la política ni al favor. En su hoja de servicios, calificada de brillante hasta por sus propios enemigos, consta el perfecto desempeño de las más difíciles y arriesgadas comisiones de honor y confianza, las más sobresalientes notas de concepto, la asistencia á más de cien hechos de armas, recibiendo tres heridas sobre el campo de batalla, y la publicación de importantes obras profesionales; circunstancias todas que unidas á su carácter bondadoso, le conquistaron el aprecio de sus jefes, el cariño de sus

compañeros y la respetuosa admiración de sus subordinados.

Como escritor ha cultivado todos los géneros, desde la novela sentimental, en que reconcentró su moralizador pensamiento al publicar, á los veintiun años de edad, la que tiene por título *Amor, Virtud y Deber*, hasta el clásico, didáctico é histórico que brillan en sus *Nociones sobre el derecho de petición*, *El Patriotismo Español* (ambas aprobadas y recomendadas de R. O. y la última declarada de texto para la enseñanza), *El Progreso del Ejército*, *El Gobierno y el Ejército de los Pueblos Libres*, *Santa Teresa de Jesús* (su vida y sus obras), y *Los Asturianos en el Norte*.

Todas estas producciones han alcanzado tan liasonjero éxito, que en su inmensa mayoría se encuentran totalmente agotadas y alguna de ellas ha obtenido los honores de la traducción.

Pero el principal fuerte de este aventajado publicista es el periodismo político y de combate, en el cual se ha distinguido siempre por la energía del pensamiento, lo irreprochable de la forma, la corrección y galanura del estilo y la noble lealtad que emplea siempre en la controversia, en la que, emulando á los gladiadores romanos, mide sus armas con sus contradictores, empleando el más generoso desprendimiento, y considerándoles siempre como adversarios, nunca como enemigos.

Su dialéctica es poderosísima y poco menos que invencible. Nacido para la lucha se crece en el com-

bate, que jamás rehuye; y con talento y habilidad, sin enfurecerse ni amilanarse ante los embates de un contradictor audaz, inteligente ó afortunado, conservando siempre una imponente sangre fría, procura traer al adversario al terreno en que más le convenga batirle. Ya en él, siempre con la fuerza de la argumentación y el impulso del raciocinio, nunca por el sofisma, le vence sin humillarle, logrando á veces atraerle á su propio campo.

Cuando poseído de una idea noble y levantada llegan para él momentos supremos que dificultan su defensa, emplea recursos heróicos que por su propia elocuencia seducen y desarman á su adversario.

Así le sucedió por ejemplo en Méjico, en cierta ocasión en que con motivo de *unas notas* referentes á la Deuda española, cambiadas entre el Secretario de Relaciones de la República y el Ministro Español, é imprudentemente lanzadas á la publicidad, se entabló una ardentísima polémica que estuvo á punto de crear serios conflictos entre mejicanos y españoles.

Para cortar de raíz esta peligrosa excitación, sostenida por más de treinta publicaciones de gran prestigio entre unos y otros, y acabar con la exacerbación de los ánimos que amenazaba crear serias dificultades á los naturales de ambos países y aun á sus respectivos gobiernos, el Sr. Elices después de demostrar hasta la saciedad la razón que á España asistía, cerró la polémica con la siguiente manifes-

tación, sublime por lo enérgica y lo patriótica: «En los asuntos internacionales, mi patria y mis compatriotas están siempre, en concepto mío, por encima de todos los pueblos y de todos los hombres de la tierra: Si tienen razón porque la tienen, si carecen de ella porque son españoles como yo: Hemos concluído.»

Los mejicanos, que son valientes hasta la temeridad, y caballerosos hasta el quijotismo, hicieron justicia al escritor español amante de su patria y celoso de su deber, y estrecharon su honrada mano encomiando su arrogancia y dando por terminado para siempre aquel horrible pugilato entre hermanos.

Posteriormente, encontrándose en Puerto Rico al frente de *La Integridad Nacional*, surgió una disidencia sumamente peligrosa en el seno del *partido incondicional*, sostenida entre nuestro biografiado y el director de otro periódico de la misma comunión política.

Agotados ya todos los recursos en la prensa para acabar de una vez con aquel profundo malestar que sólo aprovechaba á los adversarios políticos, el señor Elices adoptó el partido supremo de lanzar un reto personal de carácter irresistible á su contrincante, con quien en lo particular ningún resentimiento tenía, con lo cual terminó de una vez la controversia, y el partido unido y compacto y libre de aquel escándalo entre hermanos pudo dedicarse

por completo á la realización de sus patrióticos ideales.

La idea exigía el sacrificio de uno ó dos hombres, y ante esta consideración comenzó él mismo por inmolarse.

Además de los muchísimos periódicos de Europa y América en que viene colaborando desde que contaba la temprana edad de quince años, ha fundado y dirigido los siguientes: *El Adalid*, *La Chispa Eléctrica*, *La Revolución*, *El Centinela Español*, *El Teatro*, *El Pabellón Español*, de Méjico, *La Integridad Nacional*, de Puerto Rico, y *La Voz de la Patria*, de Madrid, único diario aquí consagrado exclusivamente á los problemas americanos en que tan alta competencia tiene su fundador y director, que generalmente se le considera como una especialidad.

En todos ellos ha obtenido inmarcesibles lauros en defensa de la patria y de la libertad, que son los ideales únicos á que rinde ferviente culto y que siempre se halló pronto á defender con la pluma y con la espada, sellando con su sangre, noblemente derramada en varias ocasiones, su ferviente y puro amor á ellos.

Como prosista y orador es correcto, castizo y elegante sin afectación, haciendo destacarse en todas sus producciones un clarísimo fondo de natural sencillez, que cuando no electriza, conmueve, cautiva y convence.

Como poeta, une al fuego del sentimiento el vigor

de la inspiración, sintetizándolo en imágenes bellas, en rasgos sublimes y en pensamientos atrevidos y originales; pero á imitación de la mayor parte de los genios, se preocupa poco de la forma, que jamás corrige, por lo cual aquellas concepciones suyas de mérito más indisputable en el fondo resultan más desaliñadas en la forma artística.

Además de las muchas poesías sueltas que ha publicado en periódicos y revistas, ha dado á la estampa tres obras dramáticas: *La vida en alta mar*, *El Rey babeiaca en Castilla* y *Ferrol por la libertad*.

El año de 1874, publicó también un gran tomo de poesías (amorosas en su mayor parte), que lleva el título de *Ecos del alma*.

Pero en donde á nuestro juicio se refleja mejor el entusiasta corazón del patriota y la delicadeza del sentimiento estético del poeta, es en la composición inédita que con el título de *Un recuerdo á Numancia*, escribió últimamente con destino á la obra *Los poetas andaluces contemporáneos*, que en breve publicaremos.

Como americanista podrá haber quien le aventaje en méritos, pero seguramente nadie se le sobrepone en servicios.

Después de su brillante campaña en América, adonde fué á hacer patria, mientras la mayoría de los que cruzan el Atlántico van á hacer fortuna, desde que regresó á España, en el libro, en el folleto, en el periódico, en el club, en todas partes, su pluma y su palabra sólo están consagradas á Amé-

rica y España, á la perfecta unión de españoles y americanos.

Sus trabajos en este sentido son harto conocidos y apreciados para que nos detengamos á relacionarlos y comentarlos, para lo cual necesitaríamos muchos volúmenes.

Ante esta dificultad, y como todos ellos están cortados por un mismo patrón, sólo para dar una ligera idea, publicaremos como apéndice á estos *apuntes* el notable discurso pronunciado en Barcelona cuando la Exposición, el cual ha sido objeto de las más caurosas felicitaciones á su entusiasta autor.

Los más distinguidos americanistas han hecho siempre al Sr. Elices Montes la justicia que tan merecida tiene.

El eminente Castelar en el prólogo de su obra *Cuatro años en Méjico*, dice, entre otras cosas á cual más honrosa para nuestro biografiado, lo que sigue:

«Usted, escritor español que ha estado largo tiempo en América y que ama á esta región excepcional con verdadero amor, escribe, guiado por un gran sentido práctico, y profundo conocimiento de la materia, un libro importante, cuyo principal objeto es acabar con las tristes asperezas de las mútuas supersticiones, y unir en pensamiento y en propósitos comunes á dos pueblos identificados por su sangre, por su compleción y por su historia. Los americanos deben amar á la familia española como se ama á

la propia familia, pues también las colectividades oyen la voz de su sangre, y los españoles residentes en América deben identificarse con los jóvenes pueblos que le recuerdan por su parecido, á tanta distancia, la patria.

»Usted ha escrito un libro de buena fé, pensado con madurez, henchido de importantes datos generalmente desconocidos hasta hoy en Europa, lleno de reflexiones acertadas y recogidas en una larga experiencia, vaciado en los moldes de un estilo puro y al mismo tiempo moderno, donde se compadecen con la novedad del pensamiento, las galas del lenguaje. Reciba, pues, mi felicitación, y sepa cómo ha de hallar en mí siempre aquel apoyo que creo de mi deber prestar á cuanto se inspira en este ideal sublime: Unión estrecha de América y España...»

La anterior opinión del príncipe de la oratoria, del eminente publicista á quien todo el mundo considera como el primero y más entusiasta de los Americanistas españoles, pinta mucho mejor que pudiéramos hacerlo nosotros á nuestro biografiado, cuyos grandes servicios á la patria y á las letras, con noble ardimiento al par que generoso entusiasmo y sublime abnegación prestados en 30 años de agitada vida pública, han sido premiados por los distintos Gobiernos de esta accidentada etapa de nuestra historia política con la cruz roja de primera clase del Mérito Militar, las medallas de Cuba y Alfonso XII, dos declaraciones de benemérito de la patria, los hono-

res de Jefe superior de Administración y la gran Cruz de Isabel la Católica, distinciones todas á cual más honrosa para el patriota y el escritor que no cuenta con otro patrimonio que sus propios méritos y la justicia con que le honran sus conciudadanos.

El Gobierno del Estado de Méjico le premió también por el brillante discurso que pronunció en la primera Exposición de Toluca en 1884, y la laboriosa y entusiasta colonia española, durante los cuatro años que allí permaneció al frente de su periódico, le colmó de valiosas distinciones, nombrándole Secretario del *Casino Español*, Vocal de la Junta Superior de Beneficencia y Miembro de *Las Clases Productoras*, haciéndole además valiosos regalos de gran valor intrínseco y artístico.

A su retirada del país la prensa toda le hizo una entusiasta despedida y le nombró Representante general en Europa de la *Prensa Asociada*, patriótica sociedad de periodistas, fundada por su iniciativa, no dejando á su salida ni un odio que vengar ni un resentimiento que combatir.

Es socio de mérito y correspondiente de varias Academias y Centros Literarios de España y América; pero el título que más satisface su honrada ambición es el de socio fundador de la *Unión Ibero-Americana*, de cuya junta directiva es Vicepresidente, y á cuyos levantados ideales de fraternidad y amor entre españoles y americanos, viene, desde hace diez años, consagrando todos los esfuerzos de

su fecunda inteligencia como notable Americanista, cuyas obras y cuyos discursos, henchidos de férvido entusiasmo por tan noble y levantada idea, han hecho muchos prosélitos y contribuido poderosamente á destruir necias preocupaciones que nunca tuvieron razón de ser entre hijos de una misma madre, que sienten correr por sus venas la propia sangre, hablan el mismo idioma y comulgan en el propio altar.

Bajo este punto de vista, el Sr. Elices Montes tiene una gran reputación fundada en sus especiales aptitudes y conocimientos, lógico resultado de las profundas investigaciones que prácticamente ha podido realizar como pensador y literato en los dos lustros que ha permanecido en la *virgen del mundo*, como gráficamente la llamó el gran Quintana.

Su entereza y su constancia no reconocen obstáculos, al par que su desprendimiento y sus virtudes cívicas son digno complemento de su génio, su valentía y su entusiasmo.

Después de 30 años de incesante lucha por la patria y la humanidad, siempre en servicio de los demás, nunca en provecho propio; después de haber desempeñado puestos tan importantes como la Alcaldía de Ponce, primera de la isla de Puerto Rico, en la que se distinguió por su rigidez administrativa y por su austera moralidad, según documentos oficiales que hemos visto y opinion unánime de toda la prensa del país, sin distinción de matices políticos, cargado de honores y distinciones, tan altas como

merecidas, pero exento de riquezas materiales que no pueden conquistarse por los medios por él empleados en su intachable vida pública, hoy vive en Madrid completamente alejado de todo fausto y esplendor, retraído en absoluto de la política, entregado á sus habituales tareas literarias, y comiendo con el *sudor de su frente*, que honradamente gana como corresponsal de quince importantes publicaciones americanas y representante de varias Cámaras de Comercio, Corporaciones populares y Sociedades Bancarias en América establecidas.

Esta es su más valiosa recomendación; éste el mejor epílogo de su obra.

Estudiado á fondo en la vida íntima y en los rasgos más salientes de sus costumbres sociales, su carácter típico resulta un tanto anticuado, que pugnando con el medio ambiente en que nació y se desenvuelve, quiere á todo trance ostentarse como verdadero trasunto de la antigua caballeridad española, jamás degenerada, si bien oscurecida hoy por el materialismo dominante en la presente generación.

Si la caridad ó el amor al prójimo, la patria ó los grandes ideales llaman á las puertas de su corazón, las encontrarán siempre abiertas, y á él dispuesto á sacrificarse en su holocausto. Pero si el medro personal, la adulación ó la falsía se acercan á ellas, las hallarán siempre cerradas herméticamente.

Hijo del pueblo y fundando sus timbres de nobleza en la virtud y el trabajo, es demócrata por intuición y por sentimientos. Para él es más noble y digno de general estima el pobre barrendero que asea las calles, que el almibarado vago de levita que frecuentando los salones malgasta el tiempo y atrofia una inteligencia superior, que ningún bien produce á la humanidad ni al mismo que hace alarde de una erudición estéril y empalagosa.

Intransigente en estas creencias, para él no hay más jerarquías que las que se cimentan sobre el talento, la honradez y el trabajo, como no hay otros ideales que la patria y la libertad, por los que siente verdadera idolatría.

Por eso es tan fanático partidario de los españoles residentes en América, que forman otras tantas colonias de héroes y mártires de la patria, dignificados por el trabajo y santificados por las virtudes, y de los jóvenes pueblos americanos que practican mejor que nosotros los principios liberales, que glorificados por los Comuneros de Castilla, los fueristas aragoneses, catalanes y vascos, y recopilados por los regeneradores de Cádiz, les enseñaron nuestros antepasados.

Por eso su fanatismo español-americanó está plenamente justificado, como justificado está su martirologio en la defensa de tan sublimes ideales.

En la vida social toda redención trae aparejado su martirio. La redención de los esclavos, blancos

y negros, de aquende y allende los mares, necesita también sus mártires, y uno de ellos es el noble y honrado patriota á quien dedicamos estas líneas como humilde testimonio de nuestra respetuosa admiración.

C. DE SOTO Y CORRO.

—

UNIÓN HISPANO-AMERICANA

Discurso pronunciado por el director de LA VOZ DE LA PATRIA, Excmo. Sr. D. Ramón Elices Montes, en el Casino Republicano Histórico de Barcelona, la noche del sábado 26 de Mayo de 1888.

Señoras:

Señores:

Antes de comenzar á usar de la palabra desarrollando el tema de esta conferencia, para lo cual dada mi pequeñez, que contrasta con vuestra grandeza, véome obligado á suplicaros toda la benevolencia de que vosotros sois capaces y que yo tanto necesito, he de permitirme algunas frases tendentes á disculpar mi atrevimiento al presentarme, sin mérito alguno, ante un auditorio tan numeroso como respetable, tan distinguido cuanto ilustre.

Hijo del pueblo, sin el talento que domina los más arduos problemas, sin la ilustración que el planteamiento de éstos requiere, y sin los dones de la elocuencia que necesarios son para su desarrollo, sólo poseo un corazón que sabe sentir, y una palabra, humilde, si, pero honrada, que jamás mintió ni supo

expresar otros sentimientos que los que parten de fondo de mi alma.

He venido por primera vez á Barcelona; y aunque he viajado mucho, y á causa de mi carácter retraído, un tanto melancólico y profundamente observador, no me entusiasmo fácilmente, aún no salgo de mi asombro al contemplar el magnífico espectáculo que ante el mundo entero estáis dando en este solemne momento histórico que formará época en los anales de nuestra noble patria.

Yo conocía el singular heroísmo y las grandes virtudes del pueblo catalán. Yo sabía que con las armas de la guerra algunas veces y con los útiles del trabajo siempre, habíais paseado triunfante por todos los ámbitos del mundo la gloriosa bandera española; sabía que aquí, en vuestro mismo recinto, regado con la heroica sangre de los mártires del patriotismo y de la libertad, habíais en más de una ocasión emulado las glorias de los numantinos, buscando honrosa tumba entre cenizas y escombros antes de inclinar vuestra indomable cerviz al yugo de los déspotas (*aplausos*); sabía que con vuestro carácter activo y emprendedor habíais en toda época acometido las más arduas empresas y llevado á todas partes el avasallador torrente de vuestra audacia (*aplausos*); sabía que nadie mejor que vosotros ha realizado nunca el *querer es poder*; pero, francamente, jamás creyera que en tan corto espacio de tiempo como el que ha mediado, desde la iniciación del gran pensamiento que hoy congrega aquí á todo el mundo científico é industrial, hasta la realidad que tocamos ya, hubieseis podido orga-

nizar, cual lo habéis hecho, este gran torneo de la inteligencia y el trabajo, á que acuden presurosas todas las naciones para honrar á España, sólo por vuestros heroicos esfuerzos, que han venido á justificar una vez más vuestras especiales aptitudes para desterrar del uso la palabra *imposible*. (*Aplausos*).

Español ante todo y sobre todo, me enorgullezco con vuestro triunfo, que es el triunfo de la España moderna, dignificada por la libertad y santificada por el trabajo, que por sí solo engrandece á los pueblos. (*Nutridos aplausos*).

Y al encontrarme, siquiera sea por corto tiempo, en vuestra hermosísima ciudad, que tanto se asemeja á los floridos jardines americanos, donde yo he vivido durante muchos años, he sentido así como una sed ardiente de comunicaros mis impresiones, sellando en mi corazón con caracteres indelebles, y por medio de este acto público, el precioso recuerdo de mi visita á este rico emporio de la civilización, el trabajo y las virtudes cívicas.

Por eso he buscado la ocasión de dirigidos la palabra eligiendo para ello como tema el ideal de la *fraternidad hispano-americana*, ideal que incesantemente persigo hace diez años; ideal bellissimo, desde mucho tiempo acariciado por todos los americanos y españoles «identificados en algo que á la diferencia de gobiernos y aun de Estados se aventaja y sobrepone, identificados en la fundamental identidad fisiológica de su complexión material y de su propio é intimo espíritu (1); ideal santo cuya reali-

(1) Castelar en el prólogo de mi obra *Cuatro años en Méjico*.

zación verificada por el sentimiento democrático de ambos pueblos, viene á demostrar que donde quiera que la libertad, tranquila y ordenada, impera, quedan moralmente destruidas las fronteras que separar pudiesen á individuos de una gran familia que piensan al unisono, que sienten hervir en sus venas la misma sangre y que elevan á Dios sus oraciones en el propio idioma. (*Grandes aplausos*).

Si mi carencia de dotes oratorias os hace penoso este momento, para mi tan grato, perdonad la molestia que sufráis, siquiera sea en gracia de la intención que me impulsa.

* * *

Causas de todos conocidas y por todos lamentadas dieron en los comienzos del presente siglo origen á aquella gran catástrofe que desgarró en pedazos el imperio colonial más rico y grande de la tierra.

Los hechos consumados no tienen remedio, y por más que lo lamentemos, fuera ilógico dejar de reconocer que al emanciparse entonces del dominio de la madre patria la mayor parte de aquellos pueblos hispano americanos, que tenían condiciones de vida propia, obedecieron una ley humana que tarde ó temprano había de cumplirse.

Y si aquel acto fué prematuro, y funesto á España, y altamente perjudicial á esos mismos pueblos, que sin sangre y sin estrépito, podían muy bien haber llegado más tarde, por la evolución tranquila y reposada—única que asienta sobre sólidas bases las preciosas conquistas del progreso,—al *sumum* de li-

bertad porque suspiraban, culpa fué tan sólo de las intransigentes exigencias de un intolerante despotismo y de las imprudentes impacencias de los espíritus discolos que se proponían realizar en un día lo que para ser viable necesitaba muchos años de preparación y detenido estudio.

En el movimiento separatista no entraba para nada el odio á España (*expectación*), odio por otra parte infundado, que aquellos pueblos ni sentían ni podían sentir hacia la madre cariñosa que les había dado los inmensos bienes de la civilización que ella entonces tenía, educando paternalmente á la raza indígena que otras razas destruían, inhumanamente, y dotándolos con cuanto de más noble y elevado poseía, desde la sangre y el sudor de los *colonos* que fertilizaron sus vírgenes tierras, hasta la suprema ciencia de los sabios y la evangélica fé de sus sacerdotes. (*Aplausos*).

Así se ve que al sonar el grito, coincidiendo precisamente con el lanzado en España contra el invasor, en la poética Venezuela, donde centelleaba el espíritu de Bolívar, se proclamaba la libertad por igual para todos los españoles, *lo mismo los de acá que los de allá*; en las risueñas márgenes del caudaloso Plata se aclamaba á una princesa española, y en el antiguo imperio Azteca, el cura Hidalgo iniciaba en 1810, al grito de ¡Viva Fernando VII! la revolución que once años más tarde terminara Iturbide con el *plan de Iguala*, consignando en él que «el trono mejicano sería ofrecido al mismo Rey de España, como ya lo había querido la *Junta de Zitácuaro*, y si este príncipe se negaba á aceptarlo se

haria igual oferta á los infantes españoles D. Carlos y D. Francisco.»

De una parte lamentables desavenencias entre los españoles que allí mandaban, suicidas intransigencias del régimen absoluto, aumentadas y agrandadas por la falta de tacto de los últimos vireyes, y de la otra locas exageraciones de los revolucionarios, fomentadas y atizadas por los extranjeros, enemigos de nuestra nacionalidad y aun de nuestra raza, dieron á la lucha un carácter feroz y de refinada crueldad, ocasionando el que la revolución fuese mucho más adelante de lo que sus mismos iniciadores se propusieran; dejando en pos de sí grandes regueros de sangre y profundamente abiertas horribles llagas que sólo el tiempo, con la salvadora influencia del progreso que restableciendo la calma en el espíritu atribulado ante el espectro de tantos horrores, había de hacer lugar á la reflexión, podían cicatrizar.

Hecha la separación, aquellos pueblos jóvenes, llenos del entusiasmo que eleva, pero faltos de la experiencia que aquilata, entregados á todos los delirios que acompañan siempre á las grandes conmociones sociales y devorados entre sí por intestinas luchas, tardaron mucho en constituirse y crear la fuente de su derecho político; conservando durante ese largo periodo, fuertemente arraigado en su alma, empedernida por el fragor de los combates, el sentimiento de la preocupación contra los españoles; sentimiento que naciera y tomara cuerpo durante la cruenta lucha con ellos sostenida, lucha terrible en que nadie daba cuartel ni lo pedía.

A su vez los españoles, que después de la rota fatal de *Ayacucho* y definitiva retirada de nuestras tropas habían quedado completamente desamparados en el país en que se hallaban establecidos y al que amaban como á su misma patria, fueron en él objeto y víctimas de atropellos que las circunstancias podían hasta cierto punto disculpar, pero que eran altamente lamentables y dieron lugar á que se sintiesen más de cerca las perniciosas é inevitables consecuencias de aquellos tristes acontecimientos que fatales coincidencias hicieron desarrollar, tendiendo á separar más y más lo que Dios y la naturaleza habían para siempre unido. (*Aplausos*).

En tanto, nuestros Gobiernos en las postrimerías del régimen absoluto, ni se acordaban para nada de aquellos pobres españoles que por el trabajo y la virtud tremolaban muy alto en América el pabellón de la patria, ni para nada pensaban en el porvenir de aquellos pueblos que serán siempre una prolongación de España, ni, en una palabra, se cuidaban de cicatrizar las heridas del pasado con el bálsamo precioso de la fraternidad y el olvido, porque al igual suspiraban españoles y americanos.

Pero este grandioso sentimiento de la fraternidad que por igual palpitaba en el corazón de unos y otros y que estaba en el interés de todos los pueblos donde resuena sonoro y majestuoso el idioma de Cervantes, tenía que realizarse por el poderoso impulso del progreso supliendo la actividad individual á la falta de celo de los poderes públicos que no sabían salir del estrecho círculo trazado por una burocracia estacionaria y enervante.

A contar del año 1830, una gran corriente de emigración espontánea, sumamente útil y laboriosa, empujada por nuestro carácter emprendedor y ansiosa de respirar las consoladoras brisas de la libertad de que aquí carecíamos, comenzó á dirigirse á aquellos países desde nuestras costas del Cantábrico.

Y así como los fugitivos del Humbert, al dejar el suelo patrio para encaminarse á Holanda, llevaban en las lonas de su débil esquiife el evangelio de la redención social, de la misma manera aquellos esforzados españoles que por distintas causas abandonaban la mansión paterna, al dirigirse á las risueñas playas de la América española, llevaban en sus reducidos equipajes la sacrosanta bandera de la patria con los preciosos lemas de paz y trabajo que muy pronto habian de tremolar muy alta por todo el vasto y precioso continente, regado con la sangre de sus antepasados, que se extiende desde las riberas del Plata, atravesando el Istmo de Panamá hasta la entrada del golfo mejicano. (*Aplausos*).

Cierto es que en aquella fecha, y aun durante mucho tiempo después, la España oficial no tenía tratos ni relación alguna con aquellos países, ni por consiguiente acreditados en ellos, representantes que pudiesen en momentos dados proteger las vidas y haciendas de los españoles que allí se estableciesen; cierto también que el estado de constante perturbación en que aquellos pueblos vivían, no ofrecía por aquel entonces garantías de ninguna especie; pero ¿qué importa? Iban impulsados por un sentimiento grande, generoso, heróico; y harto sabido es, que cuando los hombres de nuestra raza se

proponen realizar una de estas colosales empresas, las dificultades en vez de arredrarles les estimulan doblemente, porque cuanto más grandes ellas sean, mayor es el placer reservado al que las vence. (*Aplausos*).

Muchos de ellos perecieron en la demanda; pero los que quedaron y los que en considerable número fueron después, consiguieron identificarse por completo con los naturales de un país hermano, en cuyo rápido progreso tomaron una parte muy importante cuando no principal, fertilizando su productivo suelo, explotando sus ricas minas, fomentando sus industrias, aumentando su comercio, construyendo líneas férreas y telegráficas, y marcando por do quiera que su atrevida planta pasaba, el indeleble sello de la febril actividad española, que ya ni siquiera sueña en otras conquistas que las conquistas del trabajo. (*Aplausos*).

La obra era de suyo muy difícil y arriesgada; pero aunque lenta y penosamente, se iba realizando por el mútuo esfuerzo de españoles y americanos, y asentándose sobre bases sólidas.

En esto llega en 1862 la *Intervención en Méjico*, por consecuencia del *Convenio de Londres* que vino á romper en la *Conferencia de la Soledad*, el almirante La Gravière.

El General Prim, vuestro invicto paisano, acordándose de que era español y liberal, se niega abiertamente á secundar las ambiciosas miras del enviado de Napoleón III, que tendían á esclavizar un pueblo libre, por cuyas venas corría la heróica sangre española; y reembarcando sus tropas, realiza

el acto más sábio, más trascendental que en este orden de ideas pudo soñar la mente humana. (*Aplausos*).

¡Ah! ¡Qué previsión la del conde de Reus!

Yo conservo en mi poder y he publicado en una obra mía referente á Méjico, dos cartas cuyas fechadas en Orizaba pocos días antes de su reembarque, dirigidas la una á su amigo intimo, D. José Salamanca, y la otra al emperador francés; y confieso con español orgullo, que jamás vi documentos como aquéllos, en que con matemática exactitud están previstos los acontecimientos todos, cuyo desarrollo habia de irse verificando algunos años más tarde, hasta llegar á la catástrofe del *Cerro de las Campanas* en que tan humillada quedó la arrogancia francesa, como asentada sobre indestructibles bases la soberanía del pueblo mejicano.

El noble y esforzado marqués de los Castillejos. prestó entonces un gran servicio á Méjico; pero lo prestó mucho mayor á España, que haciendo suya la causa de la humanidad, que indignada rechaza actos de la naturaleza del que intentaba realizar el almirante La Gravière, reconquistó por aquel solo hecho el cariño entrañable de los sesenta millones de corazones españoles esparcidos por toda la América latina, que todavía entonces nos miraban con marcado recelo. (*Aplausos*).

Y aún hizo más. Demostró á la faz del mundo, que la España del siglo XIX, orgullosa con el solo recuerdo de sus pasadas glorias militares que ya no caben en el libro de la Historia, ni en el templo de la Fama, no aspira á otras conquistas que

las que se realizan por el trabajo y se afianzan y hacen imperecederas por la libertad y el progreso. (*Grandes aplausos*).

Como era de suponer, fué grande, grandísima la reacción favorable á España que entonces se operó en el corazón de todos los pueblos de la América independiente, favoreciendo así la grandiosa obra de la reconciliación, iniciada por los colonos y poderosamente secundada por la parte más sensata de aquéllos, que sólo veían en los españoles á los hermanos queridos que después de impulsar su material progreso, compartían con ellos sus penas y sus alegrías.

Pero aún quedaban en pie ciertos errores y preocupaciones que sólo podía disipar y destruir por completo la activa propaganda de los sacerdotes de la idea, la predicación constante de los apóstoles del pensamiento. Algunos años de incesante labor en el libro, en el folleto, en el periódico, en la cátedra, en el club, en la tribuna, en todas partes, lo mismo de España que de América, han bastado á coronar el edificio de la fraternidad.

Y este solemne triunfo no se debe, no, á una personalidad determinada, ni á una asociación, ni á un partido, ni á una nacionalidad siquiera. Se debe á toda la presente generación hispano-americana que ama el progreso humano, en todas y en cualquiera de sus distintas manifestaciones.

Entre nosotros el incomparable Castelar con su colosal talento, con su mágica palabra, con su diamantina pluma es, sin duda alguna, el que más ha hecho en este sentido; él sólo ha redimido más es-

clavos que todos los Congresos y Asambleas del mundo; él sólo ha conquistado para España más corazones por la persuasión y el amor que palmos de terreno conquistaron por las armas todos nuestros esforzados capitanes en los siglos XV y XVI. (*Grandes y prolongados aplausos*).

Después de él todos los hombres más eminentes de nuestra patria, sin distinción de partidos, desde los conservadores de Cánovas hasta los republicanos de Pi y Margall, han contribuido en mayor ó menor escala á esta grandiosa y patriótica obra.

Y si hablamos de los escritores españoles que en alas de su ardiente fantasía y estimulados por un ideal sublime han cruzado el Océano, yendo por su propia cuenta á hacer patria donde otros corren en pos de una soñada fortuna que no siempre se encuentra, no podremos menos de inclinarnos con respeto ante la simpática figura de la atrevida viajera y concienzuda historiadora de América señora Baronesa de Wilson, mi distinguida amiga, cuya excesiva modestia no he de ofender yo narrando los inmensos bienes que su activa propaganda de trece años recorriendo sobre alfombras de flores todo el continente americano ha producido, y que escritos con caracteres indelebles están en el corazón de todos aquéllos que de cerca han podido admirar sus méritos; así como no podremos menos de encomiar los servicios del malogrado Enrique Romero y su sucesor hoy López de Gomara en la Argentina; ni separar de nuestra memoria el esclarecido nombre de D. Anselmo de la Portilla, el primer escritor español que en Méjico tremolara la bandera

de la fraternidad, que después de la muerte de aquel mártir y de pasar por muy hábiles manos, recogí yo en 1880 teniendo la gloria de presenciar cuatro años más tarde el grandioso espectáculo de dos pueblos hermanos que se abrazan con efusión, y que en todas sus demostraciones de júbilo enlazan sus banderas dando la preferencia á la española, como preferente ha de ser siempre el lugar que ocupen las madres cuando sus hijas ya establecidas alternen con ellas. (*Grandes aplausos*).

En el orden político-gubernamental no puede negarse que los Gobiernos todos del periodo revolucionario, desde el 28 de Septiembre de 1868 al 30 de Diciembre de 1874 hicieron cuanto á su alcance estuvo y de esperar era de sus democráticas tendencias por estrechar lazos y suavizar asperezas entre España y las repúblicas americanas. A contar de la restauración acá, mi españolismo que antepone siempre el ideal patrio á las exigencias de escuela, me manda reconocer que los distintos Gabinetes que se han sucedido en el poder han hecho también lo que han podido en pró de esta noble idea, sobresaliendo notablemente por sus esfuerzos el último Gobierno presidido por el ilustre estadista D. Antonio Cánovas del Castillo. Débole esta justicia, y los demócratas españoles nos inclinamos siempre ante la justicia, ejérsala quien la ejerciere. (*¡Bien! ¡Muy bien!*)

Respecto de escritores americanos, son tantos y tan ilustres los que especial mención merecen que su enumeración sería interminable. Conozco á muchos de ellos que cito en obras mías; pero aquí no

me atrevo á hacerlo por temor á incurrir en lamentables omisiones.

Mas hay uno, cuyo nombre viene en este instante á mi memoria, que por si solo vale por una generacion entera; es ese orador ilustre y fecundo escritor, á quien con justicia llaman el *Castelar americano*, es el popular Héctor Varela, que desde la conferencia de Bruselas ha hecho por si solo, en toda Europa y particularmente en España en pró de la federacion de las almas américo-españolas, más, mucho más de lo que todos nosotros hemos podido realizar en América. (*Aplausos*).

El que durante mucho tiempo fué bellissimo ideal, es ya un hecho real y positivo que tiene un templo en cada conciencia española, y un altar en cada conciencia americana.

Dicenlo elocuentemente las repetidas muestras de consideracion y mútuo afecto que continuamente recibimos unos de otros, lo mismo los individuos en el orden privado, que las naciones en la esfera oficial: demuéstralo con mayor elocuencia, si cabe, el rápido progreso de la Unión Ibero-americana, patriótica asociacion inaugurada modestamente en Madrid apenas hace tres años, y que ya cuenta en su seno las primeras inteligencias de España y América, y tiene establecidas sucursales en todas las principales poblaciones del Nuevo Mundo.

En Montevideo y Buenos-Aires, en Chile y Perú, en Méjico y Venezuela; en todas las repúblicas hispano-americanas tenemos sólidamente establecidas y religiosamente respetadas numerosas colonias que con su honrado trabajo se afanan por la pros-

peridad y progreso de aquellos pueblos hermanos, que saben hacer á sus méritos la debida justicia y reverenciar á la madre patria como ella se merece. Ya no se oye en parte alguna el estúpido grito de fratricida recriminación; ya el precioso manto de la fraternidad nos cubre por igual á todos. (*¡Bien! ¡Muy bien!*)

Para que esta grandiosa obra no se esterilice, para que sus saludables efectos lleguen á traducirse en manifestaciones más positivas aún, más convenientes y provechosas al porvenir de ambos pueblos, se necesita únicamente continuar en la prensa y en la tribuna la propaganda que tiende á presentar á América en España tal cual ella es hoy, que ya por fortuna atraviesa un lucido período de tranquila y reposada calma, de ordenado y admirable progreso, olvidando lo que fué cuando la fiebre de las revoluciones devoraba sus entrañas. (*Aplausos*).

Los problemas de América despiertan gran interés en toda Europa, porque en aquellas feraces regiones, todavía inexploradas casi, está el porvenir de la humanidad, como aquí reside el santuario de un pasado glorioso; pero interesan mucho más directamente á España porque allí está nuestra sangre, nuestra civilización y todo lo que constituye nuestro propio sér, (*aplausos*); allí se encamina constantemente esa poderosa corriente de provechosa emigración *espontánea* que en vano intentarán detener medidas tan antipolíticas y poco meditadas, como la última circular del Ministerio de la Gobernación, que yo que me precio de conocer aquellos países y que amo á mi patria con ardiente amor,

como que por ella he derramado tres veces mi sangre, y la derramaría trescientas más que necesario fuese (*aplausos*), he combatido por antipatriótica; medida que la razón, el derecho y la libertad humana condenan de consuno y que en vano será pedir su cumplimiento; que en los tiempos que alcanzamos no hay trabas que no rompa el libre albedrío, ni barreras que detengan en tal ó cual paraje del globo al hombre libre, dispuesto siempre á cumplir los preceptos del Génesis.

Es un error el creer, como algunos por ignorancia sin duda creen todavía, que aquellos países están con relación á Europa, atrasados en la senda que vertiginosamente recorre el progreso práctico y real en los tiempos que alcanzamos. Nada de eso: tienen todos, absolutamente todos, los adelantos de que gozamos aquí, con la ventaja por su parte de que por su superior riqueza, mientras no se turbe la paz que disfrutan hoy, se hallarán siempre en mejores condiciones que nosotros para realizar las mejoras que la ciencia logre descubrir.

Yerran también grandemente los que suponen, sin visos siquiera de fundamento, que los colonos establecidos en aquel oasis de la libertad moderna, están generalmente dominados por un espíritu de ciego é intransigente doctrinarismo que confunde la patria con la reación.

Allá cuando imperaba el absolutismo entre nosotros, y entre los americanos se agitaba en violentas sacudidas el sentimiento democrático, y el grito de libertad que resonaba en las selvas de América podía ser sinónimo del de *separación*, que todo pecho

español condena, pudo muy bien suceder, y tal vez sucediera algo de aquéllo; pero hoy que el manto de la libertad nos cubre por igual á todos; hoy que el precioso iris de la paz ha disipado las nubes que oscurecieran nuestros horizontes; hoy que nadie en América grita ¡muera España! y que por el contrario todos los americanos vuelven los ojos á la madre á quien veneran, lo niego en absoluto; y lo niego con la convicción propia á un honrado demócrata que por espacio de nueve años ha vivido entre aquellos esclarecidos patriotas que sólo piensan en la ventura de España y América, para siempre unidas en indisolubles lazos.

Y esta rotunda y categórica afirmación mía, no soy yo el único que aquí mismo puede sostenerla; en idéntico caso se halla un dignísimo sócio de este Centro, mi distinguido amigo D. Herminio Fornes, antecesor mio primero, y compañero después en el periodismo integrista puerto-riqueño, é iniciador antes que yo, y conmigo luego, de la trascendentísima reforma llevada unánimemente á cabo hace poco más de dos años por el *partido incondicionalmente español* de Puerto Rico, partido que antes se llamaba *conservador*, y que con arreglo á su vigente *Constitución orgánica*, está formado por una coalición eminentemente nacional, que acogiendo en su seno á los españoles todos, sin distinción alguna, y borrando entre ellos diferencias políticas, y hasta de *lugar de nacimiento*, y aun de *color de la piel*, abarca los más dilatados horizontes, sin excluir los amplios ideales de la democracia que, como los de otras escuelas, encajan perfectamente en su bande-

ra, que es la bandera de la patria, la cual no rechaza, ni puede rechazar, sentimiento alguno de los que se albergan en el corazón del pueblo español.

Los españoles, republicanos ó carlistas, demócratas ó conservadores, al cruzar el Océano, guardan en el santuario de sus conciencias el ideal á que aquí rinden culto; y al desembarcar en las risueñas playas por Colón descubiertas, agitan todos, unidos como uno solo, una bandera única y exclusiva: la bandera santa de la patria, mil y mil veces por ellos bendecida y aclamada, y que con su trabajo y sus virtudes santifican más.

Lo mismo en la América independiente que en Cuba y Puerto Rico, aquellos españoles, esforzados entre los más esforzados, patriotas entre los más patriotas, sólo encaminan todos sus esfuerzos al santo y noble fin á que al tratar de las cuestiones que con el Nuevo Mundo se relacionan, los encaminan aquí todos los hombres pensadores y de recto y sereno juicio, cualesquiera que sean sus aspiraciones políticas: á la eterna conservación y prosperidad bajo la bandera española de aquellos preciosos restos del mundo colonial que aún conservamos á la entrada del golfo mejicano, y á la completa federación de los corazones de todos los miembros de la gran familia hispano-americana. (*¡Bien! ¡Muy bien!*)

Señores: voy á terminar porque no quiero molestaros más (*No, no molesta*), y voy á terminar dirigiéndoos una súplica que parte del fondo de mi alma. (*Expectación*).

Todos vosotros tenéis, á más de un patriotismo acrisolado, alta y merecida representación en las letras, las ciencias, las artes y el comercio; en una palabra, en todos los ramos de la actividad humana cuyos horizontes deseáis ensanchar. Pues bien; en ninguna obra más grandiosa, humanitaria y patriótica podéis emplear vuestras grandes aptitudes, los preciosos dones de vuestro talento y sabiduría, que en la coronación del suntuoso monumento de la fraternidad hispano americana, en cuyo rico pedestal nos arrodillamos todos para orar por la ventura de todos aquellos pueblos, que, aunque tengan distinta organización política, son, como dijo el inspirado vate mejicano Juan de Dios Peza:

Uno, por la inspiración,
Por su heroismo profundo,
Porque los liga en el mundo
La lengua y el corazón. (*¡Bien! ¡Muy bien!*)

¡Y vosotras, bellisimas matronas, dignas émulas de la católica Isabel, que orgullosa se despojó de sus más preciadas joyas para ayudar al descubrimiento del Nuevo Mundo, vosotras que sois las llamadas á educar la naciente generación, como sólo las madres españolas y americanas saben hacerlo, inculcad en el sensible corazón de vuestros tiernos hijos, al par que el gran sentimiento de la patria, el puro y noble sentimiento de la fraternidad, y el mútuo y entrañable afecto, para que todos lleguen á confundirse en un estrecho abrazo y jamás se empañe el claro cielo de la dicha, que hoy cubre por

igual á todos los miembros de la gran familia hispano americana! (*¡Bien! ¡Muy bien!*) (*Nutridos y repetidos aplausos resuenan en el salón por espacio de algunos minutos. El Presidente y otros miembros de la Directiva abrazan al orador al descender de la tribuna, al que también felicitan los periodistas y otras personas de distinción, incluso varias señoras*).



85608680538





OBRAS DEL MISMO AUTOR

El faro de la virtud (libro de texto para las escuelas), 2.^a edición.

Corona de Santa Teresa de Jesús, por una Hija de Nazareth.

El Santo de la aldea (poema).

El terremoto de Andalucía (cuadro).

Álbum de boda (para regalo de novias).

El diablo en el púlpito (cuento en verso).

EN PREPARACIÓN

Los poetas andaluces contemporáneos.

De venta en su casa (Atocha, 112, principal, izquierda), y en las principales librerías de España y Ultramar.